Cooperación, principio vital en toda guerra

Capitán de Navío
Eloy Ledesma Rebaza

"Jamás se me ha ocurrido atribuir los lamentables incidentes de esta batalla naval a una falta de discernimiento por parte de cualquiera de los jefes que intervinieron en ella"... "En la acción naval, dos comandantes norteamericanos que habían de dirigir las operaciones eran independientes el uno del otro, uno bajo mi mando y el otro bajo el mando del almirante Nimitz, a 8,050 km. de distancia, los dos, como ya he dicho, operaban en las mismas aguas y en la misma batalla".

General Douglas Mac Arthur.

Cooperación significa, en todo los casos, conjunción de esfuerzos orientados a lograr determinados fines. Aplicado a una situación de guerra, el término implica *unidad de comando,* unidad que permite asegurar la fusión y cohesión de voluntades para la aplicación decisiva de toda la potencia de combate de las fuerzas de que se dispone.

La unidad de esfuerzo tiene como requisito básico la cooperación de todos los elementos integrantes de un comando. La dirección de una fuerza, o de un conjunto de fuerzas, debe corresponder al más alto jefe designado especialmente.

Los comandantes no sólo deben asegurar la unidad de esfuerzo dentro de sus organizaciones, sino que deben, además, fomentarlo con los elementos de apoyo y los elementos apoyados, y de igual modo con los servicios afines y los aliados. La exigencia fundamental para la unidad de esfuerzo dentro de los organismos de las Fuerzas Armadas estará dado siempre por un sistema efectivo de mando, el cual, para proveer propósitos, dirección y motivación, dependerá del liderazgo, así como de un claro entendimiento de las doctrinas, tácticas y técnicas para minimizar los efectos de las fricciones internas. Los jefes darán el ejemplo, comunicarán claramente sus intenciones, promoverán el trabajo en equipo y los valores; aceptarán responsabilidades, tomarán decisiones fundamentales y aceptarán riesgos. Los

sistemas de comando y control recalcan las medidas implícitas de coordinación, de adiestramiento con doctrinas, métodos y técnicas comunes, así como ejercicios de combate bien ensayados. Las misiones serán claras y concisas. Los planes serán sencillos, los mecanismos de control serán fáciles de aplicar, entender y comunicar. Se utilizarán las relaciones habituales a fin de maximizar la efectividad del trabajo en equipo.

La cooperación implica, además de la unidad de comando, acción de conjunto de todas las fuerzas del aire, tierra y mar. El esfuerzo en conjunto debe aplicarse en todos los escalones del mando, e individualmente todos deben desempeñarse con lealtad y disciplina; esforzándose deliberadamente por alcanzar el objetivo y cumplir su misión bajo cualquier condición en la que se encuentre.

Las experiencias obtenidas en la conducción de guerras y batallas producidas a lo largo de la historia demuestran que el éxito y la eficacia de las mismas han dependido, en gran medida, del mayor o menor grado de cooperación y la unidad de comando entre las fuerza involucradas desdes las fases iniciales del planeamiento y durante la ejecución misma de las operaciones.

Cada operación, dependiendo de éstas de su naturaleza, tipo de fuerzas y el medio donde éstas deben actuar, deben estar bajo un solo comandante. Esto permite a los comandos subordinados flexibilidad mental y rapidez en las decisiones.

En esencia, la unidad de comando incluye la cooperación de todos los escalones subordinados en la escala de comando para realizar el trabajo de equipo.

La mejor garantía para alcanzar el éxito en el ataque durante una batalla es la cooperación efectiva entre las diferentes fuerzas o componentes que participan en la misma. Para lo cual el comandante responsable debe coordinar todos aquellos aspectos que impliquen el empleo eficiente y eficaz de las fuerzas que le sean asignadas para cumplir con su misión.

En la dirección, conducción, comando y control de una guerra intervienen factores de tipo político, económico y psicosocial, en donde los sectores que tienen la responsabilidad de armonizar criterios para lograr el éxito de la misma deben estar imbuidos en todos los detalles que implican las operaciones de sus áreas de responsabilidad, para evitar de esta manera errores durante la ejecución de las mismas y obtener el máximo de cooperación conjunta para lograr el éxito. Se debe evitar errores y malas inteligencias durante el curso de las operaciones.

Para lograr el éxito en las operaciones conjuntas es necesario una estrecha coordinación de los elementos terrestres, aéreos y navales; lo cual se facilita mediante un planeamiento y entrenamiento conjunto

adecuado, el mismo que debe ser iniciado lo más previamente posible a fin de que se dé tiempo para las coordinaciones necesarias, debido a la diferencia de equipos y procedimientos empleados.

Así, por ejemplo, para asegurar una eficiente coordinación de los "fuegos de apoyo" disponibles de las fuerzas terrestres, aéreas y navales durante una operación conjunta, se debe organizar y establecer los diferentes puestos de comando, centros de coordinación de fuegos o de enlace, a fin de lograr una estrecha coordinación y asesoramiento en la conducción de los pedidos de "apoyo de fuego" para las fuerzas que los necesiten.

Cuando la situación limite la posibilidad del comandante para ejercer la conducción de las operaciones en forma directa y oportuna, deberá promoverse y darse mayor iniciativa a los comandantes subordinados. Para tal efecto, las órdenes serán menos detalladas, particularmente las que se dan a aquéllos elementos sobre los que no se puede ejercer una acción directa, y se les dotará con los medios necesarios que les permita cumplir su misión. El comandante deberá interesarse principalmente sobre aquéllos elementos cuya misión es de decisiva importancia en las operaciones.

Para poder graficar los conceptos anteriormente señalados, he creído conveniente señalar un ejemplo práctico de la historia respecto a cómo, la no aplicación de este principio, que a veces resulta obvio, da como resultado pérdidas innecesarias de material y personal.

LA BATALLA DEL GOLFO DE LEYTE, UN EJEMPLO PRÁCTICO DE LA FALTA DE COOPERACIÓN (1944)

Las Filipinas eran el ala oriental de la llamada "Esfera del Sur" en las operaciones japonesas en las regiones del Sur, y se constituyeron en la línea principal de defensa contra los ataques norteamericanos. El ala occidental eran Birmania y Malaya, y las dos alas juntas protegían el acceso japonés a las regiones del sur. Desde el punto de vista de la Estrategia Política y Operacional japonesa, la conquista de Filipinas era esencial para la ejecución de la guerra contra Inglaterra y Estados Unidos. La pérdida de estas líneas no sólo representaría una grave amenaza para las comunicaciones de los japoneses con las regiones del sur sino que también dificultaría en gran manera el envío de refuerzos y aprovisionamiento.

Quien dominara las bases navales y aéreas en las islas Filipinas dominaría la arteria principal de suministros para las fábricas japonesas.

Si esta arteria era cortada, los

recursos de Japón desaparecerían muy pronto y su capacidad para mantener su potencial de guerra contra los atacantes aliados quedaría reducida hasta el extremo de que sus bases principales serían vulnerables a la captura.

Dada su importancia estratégica, los aliados decidieron invadir las Filipinas desembarcando en el Golfo de Leyte.

La toma del Golfo de Leyte por las tropas aliadas, significó el movimiento más peligroso de toda la guerra del Pacífico. Esto lo sabían muy bien los japoneses, quienes conscientes del nuevo giro que se produciría en la guerra, decidieron jugarse el todo por el todo poniendo en acción su caudal más valioso, la Flota Imperial, en una operación gigantesca para rechazar la invasión y mantener su posición en las Filipinas.

Esta determinación para desalojar a los norteamericanos de las playas filipinas los llevó a la puerta del triunfo cuando tuvo lugar una de las batallas navales más grandes de los tiempos modernos. En realidad fueron cuatro enfrentamientos entre el 23 y 26 octubre de 1944, la batalla del Golfo de Leyte.

La flota japonesa se hallaba desde hacía mucho tiempo en aguas del Sur, y el almirante Suemo Toyoda, su Comandante, mantenía su insignia en Singapur.

El almirante Toyoda, al tomar conocimiento de la invasión de Leyte por los norteamericanos, reunió todas las fuerzas y partió hacia Leyte con el fin de recuperar esa parte del territorio filipino que, como ya se ha señalado, era decisiva para el futuro desarrollo de la guerra.

El almirante Toyoda dividió la flota combinada en tres grupos distintos: una Fuerza Central al mando del almirante Takeo Kurita; una Fuerza del Sur (vanguardia) al mando del vicealmirante Kiyohide Shima; y una Fuerza del Norte, al mando del vicealmirante Jisabuto Osawa.

La Fuerza Central pasaría por el estrecho de San Bernardino, al norte de Leyte, y a continuación seguiría la ruta del Sur con dirección al Golfo de Leyte. La Fuerza del Sur progresaría a través del mar de Mindanao y del estrecho de Surigao, de forma que las dos flotas, en un movimiento coordinado de pinzas, convergieran simultáneamente en los flancos de los aliados y atacaran las partes blandas de éstos, o sea los buques destinados al trasporte de tropas y de pertrechos en el Golfo de Leyte. La Fuerza del Norte, en el mar de Filipinas, 480 kilómetros al Norte del estrecho de San Bernardino, actuaría como un señuelo para apartar a la poderosa Tercera Flota norteamericana de la protección de la entrada al Golfo de Leyte.

Las fuerzas navales norteamericanas que protegían la invasión de Leyte estaban dispuestas en dos cuerpos principales. La Séptima Flota, al mando del vicealmirante

Thomas C. Kinkaid, protegía los accesos Sur y Oeste al Golfo de Leyte, mientras la Tercera Flota, más poderosa, al mando del almirante Halsey, operaba a la altura de Samar para cubrir el estrecho de San Bernardino y los accesos del Norte y del Este. El superior inmediato del almirante Halsey era el almirante Nimitz, en Hawai; el almirante Kinkaid estaba bajo el mando del general Mac Arthur, y se hallaba con él en Tocloban. Aunque se daba por descontando que tal división de mando entrañaba ciertas desventajas, Washington suponía, teórica aunque equivocadamente, que una consulta frecuente y un enlace constante cooperativo vencerían todas las dificultades que se opusieran a una apropiada coordinación. La batalla que tuvo lugar seguidamente vino a demostrar los peligros inherentes a una falta de mando unificado y los errores y malas inteligencias que pueden surgir cuando en el curso de operaciones de excepcional importancia, el comandante, últimamente responsable, no tiene el pleno dominio de todas las fuerzas que toman parte en la operación.

El 23 de octubre de 1944 se hizo evidente que los japoneses iban a recurrir a su Escuadra.

El primer contacto entre las fuerzas rivales se produjo el 23 de octubre en el Paso Palawan, entre las islas de este nombre y los arrecifes que bordean el mar de China del Sur. Avistadas las fuerzas centrales del almirante Kurita por los submarinos *Darter* y *Dace,* éstos informaron a Halsey del contacto efectuado.

Una vez enviado el mensaje de contacto, los submarinos hundieron tres cruceros pesados enemigos, entre ellos el buque insignia de Kurita. Hacia el mediodía siguiente, Halsey había organizado y movilizado a los portaaviones rápidos en un amplio frente. El grupo del contralmirante Sherman quedaba situado al Norte, el del contralmirante Bogan frente al estrecho de San Bernardino, y el del contralmirante Dawson al frente de Samar a 115 Km. Pero antes de que estos grupos pudieran iniciar sus ataques contra los buques de Kurita, ahora en el mar de Sibuyan, los aviones japoneses de Luzón atacaron al grupo de Sherman, que era el mejor situado para ocasionar mayor daño a Kurita.

Kurita había solicitado repetidamente cobertura aérea del almirante Fukudome, comandante supremo de las fuerzas aéreas en las Filipinas y Formosa, pero Fukudome había decidido que la mejor manera de socorrer a Kurita era atacar a los grupos de trasporte. A las 14 horas los aviones de reconocimiento norteamericanos informaban que los buques japoneses se dirigían hacia el Oeste, como si estuvieran retirándose, pero la realidad era que se estaban reagrupando y comprobando los daños

sufridos. Kurita, a fin de evitar futuros ataques desde el aire, solicitó permiso para retirarse y enfilar hacia el estrecho de San Bernardino aquella misma noche, pero Toyoda le ordenó que siguiera avanzando.

El día 24, a medio día, la Fuerza Central japonesa, al mando del almirante Kurita, sufrió los efectos de un constante bombardeo por las fuerzas del aire de la Tercera Flota, mientras sus buques sorteaban nerviosamente los peligrosos arrecifes camino de San Bernardino. El *Misashi,* uno de los más modernos y potentes acorazados del Japón, con cañones de 18 pulgadas, fue hundido; su hermano gemelo, el formidable *Yamato* fue impactado, un crucero pesado fue inutilizado y varios cruceros y destructores sufrieron averías. La fuerza incesante de estos ataques aéreos, unido a la de los torpedos lanzados por los submarinos de la séptima Flota, hicieron que el almirante Kurita, que carecía de cobertura aérea, retrocediera en su ruta a fin de reagrupar sus fuerzas. Este repliegue transitorio, ejecutado a las 3.33 de la tarde, fue posteriormente interpretado por unos aviadores demasiado optimistas como una retirada general de la Fuerza Central japonesa. El almirante Kurita, no obstante, no tenía la menor intención de abandonar su empeño y a las 5.14 del mismo día las fuerzas navales bajo su mando avanzaron nuevamente hacia el estrecho de San Bernardino. Poco tiempo después recibió un mensaje del almirante Toyoda, en Tokio:

"*Todas las fuerzas serán lanzadas al ataque, fiadas en la divina providencia*".

Mientras tanto, la Fuerza del Sur del almirante Nishimura partió, tesonera, al mar de Mindanao. Ampliamente informado por medio de señales, el almirante Kinkaid había destacado casi la totalidad de las fuerzas de cañoneras y torpederas al mando del almirante Oldendorf para interceptar y destruir la flota japonesa en camino. El almirante Oldendorf, desplegó sus escuadrones de lanchas PT (Patrulleras Torpederas) en la entrada del estrecho Surigao, en cierto lugar en donde los japoneses tenían que reagruparse en columnas para poder salvar el estrecho paso.

La emboscada resultó perfecta. La flota japonesa fue prácticamente aniquilada. Sólo un destructor solitario pudo escapar. El almirante japonés cayó a los abismos marítimos junto con su buque insignia. Esto fue el remate de la entrada Sur al Golfo de Leyte.

En las últimas horas de la tarde del día 24, aviones de reconocimiento de la Tercera Flota informaron que una muy nutrida flota combatiente que incluía a varios portaaviones, navegaba a la altura de la costa noroeste de Luzón, a 480 Km. aproximadamente del estrecho de San Bernardino. El almirante Halsey pensó, aparentemente , que la Séptima Flota del almirante

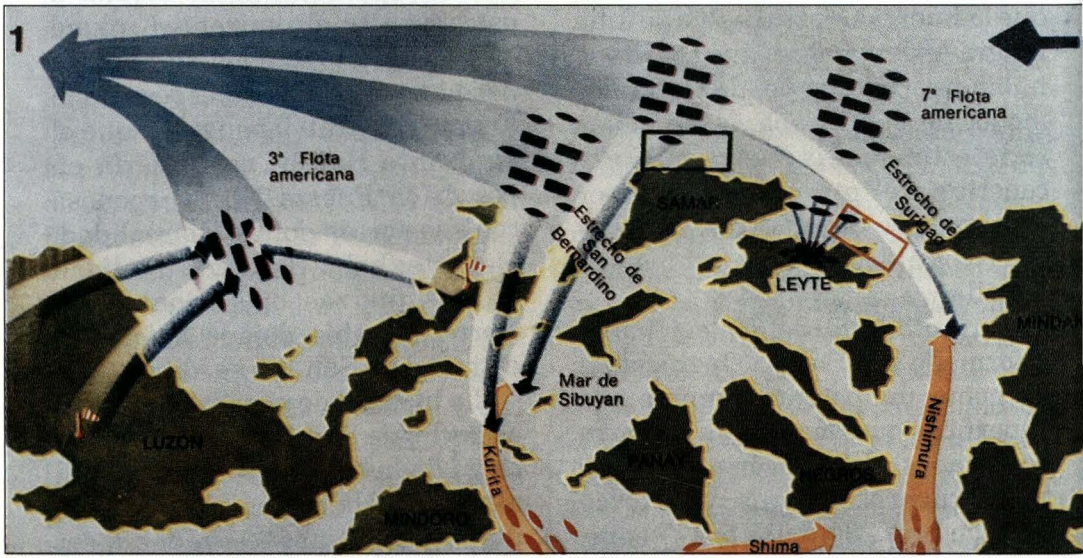
Kinkaid tenía fuerzas suficientes para afrontar a la Escuadra Sur japonesa, y juzgando por los informes optimistas de sus aviadores que la Fuerza Central había sufrido un grave descalabro, que tal vez se había retirado y que, de cualquier modo, no significaba ya amenaza seria, estimó que la Fuerza del Norte constituía el mayor peligro y por consiguiente decidió trasladar sus efectivos al Norte para interceptar aquélla.

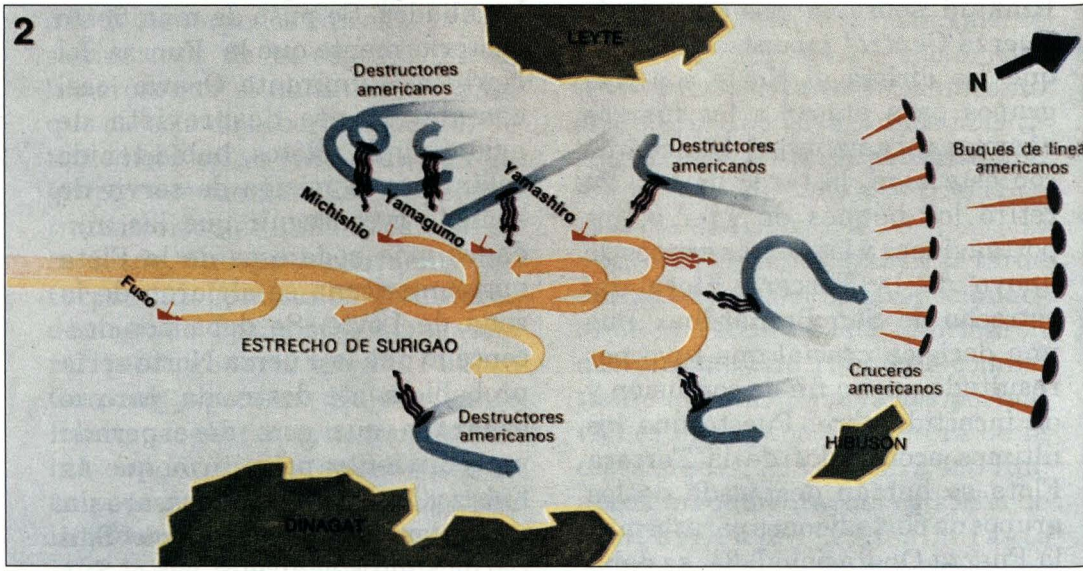
Durante la tarde, Halsey había informado a la Fuerza Operacional 34 como un potente conjunto de superficie que comprendía cuatro acorazados, dos cruceros pesados, tres cruceros ligeros y catorce destructores. Se daba por descontado que la fuerza operacional detendría el avance de la del almirante Kurita. Halsey informó al almirante Kinkaid sobre la posición de la Fuerza Central japonesa y agregó que "se dirigía al Norte con tres grupos para atacar a las fuerzas enemigas al amanecer". De acuerdo con este plan, la tarde del día 24 retiró los buques de guerra, los portaaviones y los demás grupos de apoyo de la Tercera Flota del estrecho de San Bernardino. Fue una decisión crucial que tuvo por resultado un sin fin de confusión y de incertidumbre. Puesto que los últimos acorazados de la Tercera Flota se habían destacado de los grupos de portaaviones para formar la Fuerza Operacional 34, se daba por descontado que esta fuerza seguía guardando los accesos del estrecho de San Bernardino.

Aunque el almirante Halsey no había hecho aclaración alguna a este respecto, el almirante Kinkaid creyó que los grandes acorazados permanecían allí a la espera de la Fuerza Central japonesa, y que el almirante Halsey, se lanzaría en pos de la Fuerza Norte japonesa con sus portaaviones. En realidad, Halsey se había llevado la totalidad de sus fuerzas operacionales al Norte, y había dejado abierto el estrecho de San Bernardino.

La libertad de movimiento por el estrecho de San Bernardino era la clave de la estrategia enemiga. El almirante Halsey no sabía que los portaaviones japoneses iban a ser sacrificados deliberadamente en un audaz empeño por impedir que las Filipinas cayeran en las manos de los aliados. Se puso de manifiesto posteriormente que la Fuerza del Norte del almirante Ozawa, casi completamente desprovista de aviones y de pilotos, había tenido solamente la misión de servir de señuelo y conseguir que las unidades más poderosas de la Flota norteamericana se alejaran de la zona de Leyte. Se daba por descontado que la Fuerza Norte sería probablemente destruida, pero se esperaba que este desesperado procedimiento permitiría que la Fuerza Central japonesa pasara sin molestias por el estrecho de San Bernardino y avanzara por el Sur hasta el Golfo de Leyte.

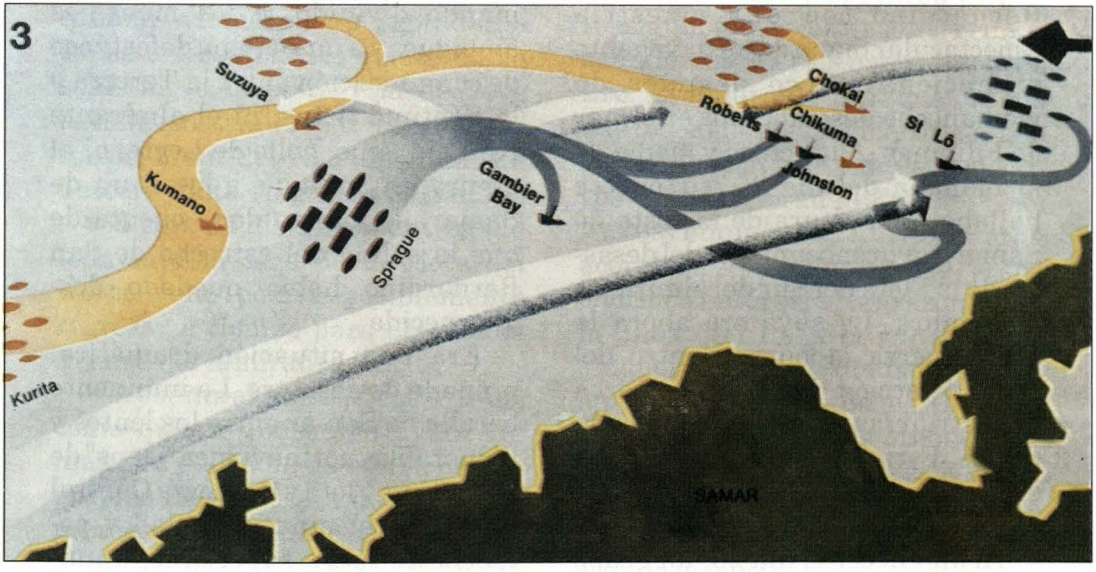
1ª FASE: LA BATALLA DEL MAR DE SIBUYAN

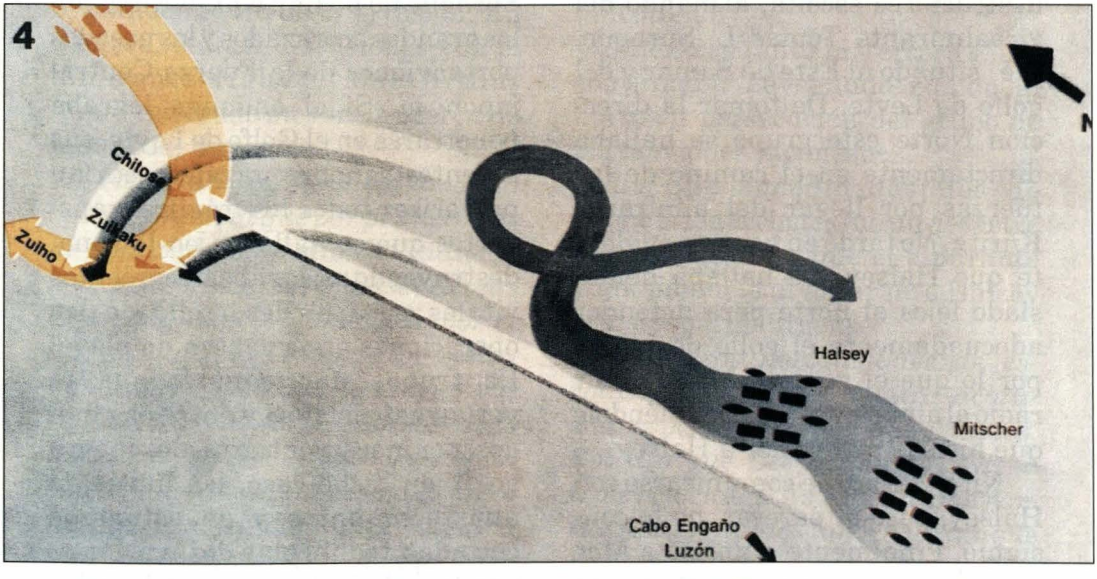




2ª FASE: LA BATALLA DEL ESTRECHO DE SURIGAO

3ª FASE: LA BATALLA EN AGUAS DE SAMAR





4ª FASE: LA BATALLA DE CABO ENGAÑO

Durante la noche del 24, el almirante Kurita condujo sus naves de guerra a través de los meandros traicioneros del estrecho de San Bernardino con una maestría espectacular digna de un navegante excepcional. Poco después de medianoche desembocaba en el mar de Filipinas. A las cinco y media de la mañana del dia 25, cuando se hallaba a la altura de la costa de Samar, tuvo conocimiento del desastre de la Flota del Sur del almirante Nishimura. La suya era ahora la única fuerza japonesa dentro del radio de acción de Leyte. La tarea de destruir las unidades de invasión de los Estados Unidos gravitaba exclusivamente y enteramente sobre él.

Al amanecer el dia 25, un grupo integrado por dieciséis portaaviones, nueve destructores y doce destructores escolta, al mando del vicealmirante Tomas L. Sprague, fue situado al Este de Samar y del golfo de Leyte. De tomar la dirección Norte este grupo se hallaba directamente en el camino de las fuerzas por llegar del almirante Kurita. No tardó en hacerse evidente que Halsey se hallaba demasiado lejos al norte para defender adecuadamente el golfo de Leyte, por lo que el general Mac Arthur radió al almirante Nimitz pidiéndole que hiciese retroceder a Halsey.

Nimitz trató de comunicarse con Halsey, pero al parecer, no lo consiguió. Finalmente autorizó a Mac Arthur comunicarse directamente con Halsey, pero entonces era ya demasiado tarde.

A través de una serie de errores fatales, imputables directamente al mando dividido, a los mensajes ambiguos y a un sistema defectuoso de comunicación entre la Tercera y la Séptima flotas, ni el almirante Kinkaid, en el golfo de Leyte, ni el almirante Sprague, a la altura de Samar, se habían dado cuenta de que la salida del estrecho de San Bernardino había quedado desguarnecida.

Era una situación dramática, preñada de desastre. La inminente batalla de Samar entre los lentos y vulnerables portaaviones "jeeps" de la Séptima Flota y la Fuerza Central japonesa con una velocidad y potencia de fuego superiores, anunciaba una batalla desigual. Los ligeros portaaviones del almirante Sprague no podían equipararse con los grandes acorazados y los pesados portaaviones de la Fuerza Central japonesa. Si el enemigo lograba penetrarse en el Golfo de Leyte, sus potentes cañones navales podrían pulverizar todos los frágiles transportes que se hallaran en la zona, destruyendo así los abastecimientos vitales para el desarrollo de las operaciones en la cabeza de playa. La tropas norteamericanas se verían así aisladas y entre dos fuegos, por mar y por tierra, del enemigo. Y en dicho caso, las líneas de abastecimientos y de esfuerzos cortadas, todo el plan de invasión se vendría abajo. Los acorazados y los

cruceros de la Séptima Flota se hallaban a más de 160 Km. de distancia, en el estrecho de Surigao y sus existencias de municiones estaban virtualmente agotadas a causa del bombardeo que se había sometido a la costa y la decisiva batalla sostenida por la mañana con la Flota del Sur japonesa. La Tercera Flota de Halsey se hallaba a 480 Km. de distancia, entregada todavía a la caza de la Flota del Norte y no podría posiblemente regresar a tiempo para detener el avance del almirante Kurita.

En cuanto al general Mac Arthur, como quiera que había avanzado más allá del radio de acción de sus propias bases aéreas de tierra, su protección dependía exclusivamente de los aparatos procedentes de los portaaviones, un hecho discutido y recalcado especialmente durante el planeamiento de la invasión. En octubre, en sus discusiones con el almirante Halsey, Mac Arthur había reiterado su sentir acerca de la misión, diciendo:

"*El plan básico para esta operación, en la que por primera vez he avanzado más allá del radio de acción de mis propias bases aéreas de tierra, está condicionado por el apoyo total de la Tercera Flota; estoy tomando las medidas necesarias para acelerar la formación de esas bases terrestres que me aseguren la cobertura aérea necesaria, pero hasta que la consiga, nuestra marina, durante este período crítico, está expuesta a las incursiones por mar y por el aire del enemigo*".

La batalla se inició a las 6.58 de la mañana. Los cañones de 18 pulgadas del *Yamato* dispararon primero, siguiendoles los de los cruceros, cuando estuvieron en la línea de tiro. El almirante Sprague ordenó que todos sus portaaviones de escolta lanzaran al aire todos sus efectivos y se dirigieran al Este.

Los buques de Kurita fueron acercándose gradualmente y sus enormes baterías alcanzaron al fin la línea de tiro. A la par de estos ataques por mar las unidades aéreas japoneses con bases en las Filipinas lanzaron una serie de ataques kamikazes contra los portaaviones. En su angustia, el almirante Kinkaid envió al almirante Halsey otro despacho:

"*Es urgente que envíe al Golfo de Leyte acorazados rápidos inmediatamente*".

Mientras tanto la Tercera Flota continuaba navegando rumbo al norte en persecución del grupo de portaaviones japoneses.

Lo que sucedió después de iniciada las acciones fue un desastre de tal magnitud, que el almirante Kinkaid envió al almirante Halsey otro despacho urgente:

"*Nuestros portaaviones de escolta atacados por cuatro acorazados, ocho cruceros y otros navíos. Solicito que Lee acuda a Leyte a toda velocidad. Es urgente que portaaviones rápidos lancen un ataque inmediato*".

El almirante Lee mandaba la

Fuerza Operacional 34. En aquellos precisos momentos las municiones a bordo de los portaaviones estaban a punto de agotarse; algunos de los destructores habían gastado todos sus torpedos y los aviones torpedederos se veían reducidos al penoso expediente de simular los ataques contra los buques enemigos. Después de dos horas y media de combate, la victoria estaba al alcance del almirante Kurita.

En su desesperación el almirante Kinkaid había mandado cifrar un último mensaje al almirante Halsey, esta vez sin ambajes:

¿En donde está Lee? Mande a Lee.

Allá en Hawai, a miles de kilómetros de distancia, el almirante Nimitz, bajo cuya autoridad inmediata se hallaba el almirante Halsey, había tratado de comunicarse con la Tercera Flota sin ningún éxito.

Al fin, casi simultáneamente con el último mensaje de Kinkaid, Nimitz resolvió salir de dudas:

Todo el mundo quiere saber dónde se encuentra la Fuerza Operacional 34.

Y entonces, súbitamente el almirante Kurita puso fin al encuentro naval. Sus unidades habían sufrido graves daños y al parecer desconocía la verdadera situación de la batalla.

Ordenó a sus fuerzas que cesaran el fuego y se agruparon en un punto del Norte. Para las fuerzas de portaaviones de los Estados Unidos este repliegue del enemigo representó una extraordinaria escapatoria completamente inesperada.

Después de reagrupar sus fuerzas, el almirante Kurita decidió realizar una última tentativa en el Golfo de Leyte. A las 11.20 ordenó a sus unidades que cambiaran el rumbo y se dirigiesen a la zona objetivo, al Suroeste. Hacía una hora aproximadamente que navegaban y se hallaban sólo a 70 Km., del objetivo cuando resolvió de repente abandonar la tentativa. A las 12.36 ordenó a sus naves el cambio de rumbo. Pasó por el estrecho de San Bernardino a las 9 y media de la noche. El almirante Halsey, mientras tanto, había venido desde el Norte a toda velocidad con sus potentes acorazados. Pero no tuvieron necesidad de hacer un solo disparo; llegaron demasiado tarde. El almirante Kurita se había escapado.

El general Douglas Mac Arthur comentaría más tarde:

"Jamás se me ha ocurrido atribuir los lamentables incidentes de esta batalla naval a una falta de discernimiento por parte de cualquiera de los jefes que intervinieron en ella..." "En la acción naval, dos comandantes norteamericanos que habían de dirigir las operaciones eran independientes uno del otro, uno bajo mi mando y el otro bajo el mando del almirante Nimitz, a 8,050 Km. de distancia. Y los dos, como ya he dicho, operaban en las mismas aguas y en la misma batalla".

Esta es la historia de la Batalla

del Golfo de Leyte. En ella se demostró los peligros inherentes a una falta de cooperación de las fuerzas participantes debido a:

-Por el lado americano:
La falta de un comando unificado fue la causa para que Halsey actuara como lo hizo. Antes de mover la Tercera Flota de su punto de estacionamiento en el estrecho de San Bernardino, fuese cual fuese la razón de ello, debió haber solicitado la correspondiente autorización de su superior. Dos Comandantes norteamericanos que habían de dirigir las operaciones eran independientes el uno del otro; uno bajo el mando del general Mac Arthur y el otro bajo el mando del almirante Nimitz, a 8,050 Km. de distancia.

-La falta de un adecuado sistema de comunicaciones en ambos bandos (japoneses y americanos), lo cual impidió una adecuada coordinación de esfuerzos, sincronización de movimientos e intercambio de información. Las fallas en los sistemas de comunicaciones decidieron en un buen porcentaje el resultado de la batalla.

-Por el lado japonés:
El plan resultó demasiado complicado para que resultase bien. No existió coordinación entre los mandos, y éstos demostraron su incapacidad para evitar el desastre al no emplear nuevas tácticas y disposiciones

BIBLIOGRAFÍA

- Koening, Williams: Grandes batallas.
- Mac Arthur Douglas Memorias.

